





CUANDO EL DRAGÓN  
AMENAZÓ LA BAHÍA



Jenaro de la Campa Muñoz

CUANDO EL DRAGÓN  
AMENAZÓ LA BAHÍA



Primera edición: febrero 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Jenaro de la Campa Muñoz

ISBN: 978-84-18544-96-5

ISBN digital: 978-84-18544-97-2

Depósito legal: M-2722-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A la estrella que desde el firmamento  
me empuja a conocer la Historia,  
mi padre.  
Siempre añorado, siempre admirado.*





## Preámbulo

Durante siglos, las aldeas costeras de Galicia sufrieron los continuos ataques y saqueos; primero fueron los vikingos y, luego, los corsarios, que se entretenían mientras esperaban la llegada de las Flotas de Indias.

Una pequeña aldea situada en el incomparable marco de la ría, presidida por las islas Cíes, no era una excepción, y como dicha ría era un perfecto amparo de las tormentas tras la larga travesía del océano Atlántico, siempre estaba en el punto de mira de los bucaneros.

Este libro es un humilde homenaje a la población de Vigo, que, como otras aldeas, debió afrontar por su cuenta los ataques de piratas sin apenas apoyo de un reino ocupado en otras guerras, pero cuya historia no resulta tan conocida como otros sucesos similares.

Basado en hechos reales, me tomo la libertad de incluir algunos personajes e historias paralelas para cubrir los vacíos en el relato que llegó a nuestros días, sin desvirtuar por ello la gesta que ha marcado un antes y un después en la importancia de esa pequeña aldea convertida ahora en una importante ciudad que sigue avanzando con el esfuerzo de quienes en ella viven, Vigo. Es, en definitiva, un grano de arena de alguna de esas playas que antaño pisó Francis Drake, apodado *el Dragón*.



## Una tormenta de verano (la presentación)

A media tarde, el cielo se encapota desencadenando una tormenta de verano con ráfagas de fuerte viento. Al anochecer, los relámpagos iluminan el cielo de la costa. Los barcos de pesca se hacen a la mar; es temporada de sardina en la ría. Desde mi casa, se divisan las tres islas que dominan la entrada a la bahía. Velas hinchadas por el viento bordean la costa, impulsando las pequeñas barcas que van dejando caer el aparejo. Después del día de fuerte calor, salgo hasta la puerta para disfrutar del espectáculo.

Hace un tiempo, cuando era un jovencuelo en busca de aventuras, me enrolé en un barco de pesca para aprender la navegación y, más tarde, formé parte de un barco mercante, descubriendo otras villas y grandes ciudades, llegando hasta el Nuevo Mundo. Pero en todo el litoral que durante estos viajes conocí, no encontré una bahía tan bella como la que contemplo sentado en mi silla. Me cuesta encender la pipa, pues el viento apaga la llama, por lo que entro para encenderla con fuego de la chimenea.

Cuando vuelvo al asiento del exterior, mi perro Espai se acomoda junto a mis piernas, levantando el hocico hacia el viento del norte. Las gaviotas revolotean en busca de alimento sobre los barcos que faenan. ¡Qué dura la vida del marino!

Los truenos suenan ya a lo lejos y ahora se oyen las olas romper contra la orilla. Espai gruñe para que le acaricie y se arrima hasta empujar mi pierna derecha. De la tercera de las islas, asoma un gran barco, que desde la lejanía me parece una goleta. Nunca es buena señal ver llegar un barco de gran envergadura al caer

la noche. Estamos a finales del mes de julio y ningún marino se amedrenta por una tormenta de verano. Entro en la casa y mando apagar todas las luces, cerrando las contras de las ventanas. Una pequeña casa típica de esta tierra; de piedra, dos plantas y rodeada por unos pocos acres de tierra para labrar. Me he hecho con algunos animales (media docena de gallinas, una pareja de cerdos con media docena de lechones y cuatro ovejas); con esto me arreglo para ganar unos maravedís vendiendo mis productos en la aldea. Tengo mujer y dos hijos; varón el mayor y hembra la pequeña, que por ventura de Dios se han librado de la peste hace unos pocos años. A pesar de mis esfuerzos, se vuelve a apagar la cachimba, lo que me lleva de nuevo hasta la chimenea.

Regreso al exterior para comprobar el destino de la goleta que majestuosamente va acercándose en línea recta hacia mí. «Mala señal», digo en voz alta. Espai, junto a mis piernas, y mi hijo, encerrando a los animales, miran desconfiados hacia la mar.

Llamo a este para que me traiga la espada, recuerdo de mi etapa naval; él se arma con la azada encerrándose con las mujeres en el cuarto oculto bajo la casa. Yo me parapeto en la arboleda que se extiende entre la casa y la playa. Ahora toca esperar.

Cuando está a unos doscientos metros de la costa, el velero comienza a virar. No hay duda, se trata de un barco pirata que busca una presa fácil. Esta maniobra indica que viaja solo y que lo único que busca son víveres para continuar con la travesía. Sin darme cuenta, muerdo la pipa en lugar de fumarla. Sé que estarán escudriñando la costa con sus catalejos. Ahora pasan frente a mí. La cala que une mi casa al mar es un buen lugar para un desembarco en la oscuridad y el bosque que hay entre ambos, un buen escudo bajo el que deshacerse de alguno de esos indeseables; si atacan una casa aislada, normalmente desembarcan solo una docena de tripulantes y, como oficial de la operación, lo hace el contra maestre. Tanto el capitán como el segundo quedan en la embarcación al tratarse simplemente de una escaramuza de saqueo. No se consideran tan poca cosa como para estar ellos al frente.

Pasan de largo. Esta vez he salvado mi hacienda, pero me mantengo vigilante por si algún vecino necesita de mi ayuda. Busco con la vista las embarcaciones de pesca, pero ni una sola sigue con sus labores. Todas han regresado a tierra alertando a los pobladores de las pequeñas aldeas. Desde que ese tal Colón descubrió el Nuevo Mundo y los barcos cargados de metales preciosos hacen escala en la villa, son cada vez más frecuentes los ataques de los piratas a esta costa rica en naturaleza por decisión divina.

Miro a mi derecha y todas las casas de alrededor han procedido igual que yo. Regreso la mirada al mar y la goleta (hermosa portadora de desgracias) continúa su recorrido en busca de esa presa que llene la bodega del barco y los estómagos de los tripulantes.



## Capítulo I. El escenario

Esta parte del reino de España parece abandonada a su suerte desde tiempos inmemoriales. Ningún gobernante ha hecho más que pedir impuestos a sus pobladores, que aún así viven con cierto acomodo por la riqueza de la tierra. Las casas son robustas; pétreos y anchos muros, no por defenderse de enemigos ni por mostrar acaudalado poder, sino más bien para no pasar frío en los crudos inviernos. Los animales que se crían tienen sobrados pastos para alimentarse aun en los veranos más tórridos y los riachuelos son tan abundantes que habitualmente sirven de lindes para las tierras de los vecinos.

Las costas de esta hermosa bahía siempre han servido de despena involuntaria para los saqueadores. Andrés recuerda como si fuera hoy mismo las noches de invierno, a la luz de una vela y los rojos reflejos de las llamas moribundas en la chimenea; el abuelo les contaba las historias que de niño contaba ya su abuelo. A los pequeños del lugar les divertía oír como los vikingos se adentraban en la ría y desvalijaban las iglesias y monasterios de la región porque eran los sitios en los que sabían había alimentos y riquezas; en caso de no encontrarlos, no se resignaban a marchar con las manos vacías y secuestraban a todo aquel que se cruzara en su camino con el fin de pedir rescate si eran personajes importantes o venderlos como esclavos si nada podían sacar de ellos. Eran tiempos de flagelantes y fortunas pagadas a los monjes para salvarse del fin del mundo que llegaría con el término del milenio. Con la chiquillería entretenida, los mayores mientras tanto recogían el ganado y es-

cuadrñaban la bocana de la ría para cerciorarse de no tener visita inesperada.

Esta amplia lengua de mar, por su anchura y profundidad, sirve de cobijo a todo tipo de navíos que se ven sorprendidos por las violentas tormentas que azotan la costa; también de descanso tras la larga travesía del Atlántico. ¡Por algún motivo trajo Dios hasta la villa de Baiona la carabela La Pinta! La mentada villa está en la desembocadura sur de la ría, por lo que el rey ha trasladado una importante guarnición que manda don Pedro Bermúdez; lo cierto es que, si bien su majestad ha dado esta orden, la soldadesca es bien escasa para defender todo este lado de la costa sur que ha dejado desprotegido, por lo que se han formado partidas de voluntarios que, cuando las labores del campo y la pesca lo permiten, reciben una instrucción básica por si fuera necesaria su ayuda. Tan poca importancia se le da desde la capital del reino que, aunque estas aguas son las primeras en recibir a las naves procedentes del Nuevo Mundo, las riquezas no son descargadas en estos puertos, sino que deben llegar intactas a Sevilla. Precisamente por ser habitual punto de recogida de naves de toda procedencia, últimamente se produjeron diversas epidemias que han diezmando la población o han alejado a lugar más seguro a los moradores.

Mezclándose con el verde del mar, en las numerosas calas que jalonan la costa, llegan hasta la misma playa verdes arboledas donde los pescadores dejan sus botes tras descargar en el puerto y vender el pescado capturado. Los niños disfrutaban correteando por la arena mientras las mujeres repasan las redes que los hombres usarán al día siguiente.

Allá en el interior, donde las líneas del horizonte se funden con el azul y blanco del cielo, los aldeanos madrugan para sacar el ganado del establo e ir a sembrar los campos; las mujeres bajarán a la costa con leche y gallinas.

Todas ellas, vidas sacrificadas que dependen del clima para sobrevivir; todas amenazadas por las incursiones de quienes quieren aprovecharse de sus sacrificios. Así pues, durante siglos, los habi-



tantes de estas tierras han aprendido a defenderse sin aguardar la ayuda de los soldados del reino, que ha dejado esta costa (salvo en Baiona, como queda dicho) desguarnecida de defensas por preservar la frontera con Portugal.

Para acceder por mar a este paraíso, hay que sortear las islas Cíes, que sirven de barrera natural para las borrascas que a menudo entran del oeste así como punto de descanso para los corsarios que merodean las costas. Estas tres islas están situadas en el centro mismo de la desembocadura de la ría; la del norte y la del centro están prácticamente unidas, de tal forma que hay solo dos bocas de acceso; de ellas, la del sur está vigilada por la ya mencionada villa de Baiona y la del norte por el cabo Home. Los agrestes acantilados que se abren en las islas al Atlántico contrastan con los finos arenales que jalonan la costa que mira al este. Por su estratégica situación, han recibido ilustres visitas, como las de Julio César y el rey Alfonso IX.

A lo largo de toda la orilla sur de la ría, se han ido creando una serie de pequeñas aldeas de ámbito mariner, entre las que cabe destacar, además de Baiona, Panxón, Bouzas y algo más allá la villa de Vigo. Adentrándose en la ría, encontramos una pequeña isla donde residen unos monjes; en períodos de mareas vivas, con la baja mar, se llega caminando hasta ella. Enfrente, la población de Redondela y, algo más adentro, en el punto donde la caprichosa lengua de mar no penetra más en esta lánguida tierra, se encuentra Cesantes.

La orilla norte está menos poblada, pero aun así también se puede recorrer visitando a los innumerables vecinos que sirven de nexo entre los alimentos que el agua salada nos da y las carnes criadas en el monte. Dos pequeñas aldeas se hacen notar: Moaña y Cangas; estas poblaciones reciben periódicamente a los habitantes de esta otra orilla que escapan de los contagios de la peste.

Población dispersa y aldeas pequeñas, tierras de cultivo y aves de corral, pesca abundante y ganado, junto con buen vino son argumentos de suficiente peso para que todo aquel que pase a unas

millas de esta costa se deje llevar por la tentación de abastecer las bodegas de los navíos sin desembolsar un solo ducado. El azul del mar, el gris del cielo y el verde de los montes llaman al descanso de los corsarios que aguardan las flotas procedentes de las Indias occidentales.

Y los habitantes de esta olvidada tierra miran al cielo preguntándose si podrán salir a pescar o si el tiempo ayudará con la cosecha; la tercera vez que levantan la mirada hacia el plomizo cielo es para rogar a Dios que ese año no vengan los piratas a saquear, provocando un año más de hambruna y unas cuantas nuevas tumbas llenas en el cementerio.

## Capítulo II. El hombre

Deseoso de aventuras en su juventud, no le basta con trabajar como pescador en contra de la tradición familiar, que se convierte en la comidilla de la comarca cuando se enrola en un buque cuyo destino tan solo es conocido por Dios, en busca del final del horizonte, donde los temporales se reúnen para traer lluvia a las cosechas.

Nacido en el seno de una populosa familia, Andrés crece en la pequeña aldea donde han llegado a asentarse todos los Loureiro: Vigo; con el tiempo han ido llegando nuevos pobladores y, cuando toma la decisión de salir a lo desconocido, solamente diecisiete son las casas habitadas en el lugar próximo a la iglesia de Santiago, desperdigadas entre campos y próximas a la costa.

Las historias que escuchaba contar a los viejos ayudaron a dar alas de libertad a su imaginación infantil. Cuando decidió embarcar en el primer gran buque que partiera de la cercana villa de Baiona, su padre comprendió que no podía hacer nada por evitarlo y la madre no soltó una lágrima hasta que el barco dejó de ser un inexpresivo punto sobre las olas; solo entonces, dejó que sus ojos lloraran la ausencia del hijo durante más de dos días.

Así pues, con quince años y de grumete en un mercante que llevaba como destino los puertos africanos del Mediterráneo, comienza a vivir una cadena de aventuras tan larga y pesada como la del ancla que debe ayudar a izar. Durante su estancia en este barco, salva milagrosamente la vida de dos epidemias de peste que le llevan a convertirse en el segundo de a bordo con veinte años.

La monotonía del comercio y el conocer la mayor parte de los puertos mediterráneos le empujan a buscar fortuna en un buque que parte hacia la costa de Nueva España. Tres singladuras como segundo del Santo Cristo de La Guarda le parecen suficientes; un nuevo brote de peste y otro de escorbuto, un ataque de los corsarios ingleses y una travesía de la que logra una pequeña fortuna le convencen para retornar a tierra firme, construirse una pequeña casa próxima a la aldea donde todavía viven algunos de los parientes y tomar por esposa a la hija de unos vecinos de Baiona. La fortuna no deja de sonreírle, convirtiéndose en alguien respetado por vecinos y monjes, los cuales evitan enfrentamientos con él y le eximen de alguno de sus impuestos al ser de los pocos habitantes de la zona que no escapa a otras tierras huyendo de los continuos azotes de epidemias y asaltos piratas. Por su parte, él nunca quiso ser referente de la vecindad, habiendo sido requerido por los monjes de Oia<sup>1</sup> para que enseñara a guerrear a los habitantes de la zona ante la falta de defensas y soldados del reino y dada su experiencia. El rechazo de tal encargo fue tan solo para no comprometerse en algo que le alejara de una vida tranquila; aún así, y a espaldas del prior del monasterio, crea un pequeño cuerpo de defensa entre los más próximos vecinos basado en un código de gritos y luces combinado con un agrupamiento en un punto determinado para defender la parcela de terreno asignado, quedando pendiente todavía en la fecha en la que arranca esta historia el formarles para un ataque a la tropa asaltante.

Así, sin ser hidalgo o lograr un señorío por grandes hazañas, Andrés se ha labrado un merecido respeto (tierras aparte). Cabe reseñar que la joven que tomó por esposa está emparentada con una importante familia de Baiona, una de cuyas vertientes es don Pedro Bermúdez, lo que siempre es interesante para los que pretenden favores.

---

<sup>1</sup> Monasterio cisterciense que recibe el encargo de la Corona de la defensa de esta parte de la costa; no solo dispone de artillería, sino que incluso en el siglo XVI cuenta con una guarnición y arsenal.

## Capítulo III. La amenaza

Francis Drake es considerado como uno de los grandes marinos ingleses. La reina de Inglaterra comenzó a tener un claro interés personal en él desde que logró dar la vuelta al mundo. Hace unos años, en 1580, alcanzó el título de caballero y es nombrado como uno de los jefes de la escuadra inglesa.

Por contra de lo imaginado, este marino no resulta de trato difícil y huraño; con un carácter vivaz y extrovertido, hace las delicias de las damas y logra con su afabilidad tantas conquistas en la corte como con su bravura al mando de un buque.

En algún momento, se ha oído decir a algún inglés que con la sonrisa pícara ha *vencido* a la mismísima reina Isabel I de Inglaterra en toda la extensión de la palabra. Pero ya se sabe que el pueblo llano más feliz se siente cuantas más habladurías lanzan sobre la vida de sus gobernantes.

Pero esa vida cortesana de placentera noche no tiene nada que ver con el comportamiento a la hora de mandar un navío. Dicen que sus cabellos se ondulan para resistir los embates del viento y la desvergonzada sonrisa se transforma en la mueca del diablo. A este puerto han llegado historias diversas sobre Drake; una de ellas cuenta que una noche, durante la ronda que suele hacer por todo el barco antes de retirarse a descansar, oyó el comentario que uno de los marineros hacía a un compañero quejándose de la comida; pasó de largo sin reacción aparente en el momento, pero a la mañana siguiente, y antes del desayuno, mandó formar a toda la tripulación y, tras un castigo de cinco latigazos, dio la orden de arrojar

al marinero por la borda para que los tiburones opinaran sobre la comida; no permitió abandonar la cubierta a nadie hasta que el cuerpo del infortunado marinero se sumergió definitivamente en el agua en medio de una mancha roja.

Durante los últimos años, este insigne explorador inglés ha saqueado sin piedad los intereses de la Corona española al otro lado del océano, tanto en tierra firme como en el mar, con lo que se ha ganado el profundo odio del pueblo y el apodo del Dragón.

Huyendo de la persecución de los católicos, con nueve años tuvo como refugio en compañía de su familia un barco destartalado; así, con trece años, aprendió todos los secretos de la navegación en las peores condiciones. Nadie como él se mueve entre olas.